

Serie Biblioteca Básica del Cristiano No.7

Poemas para Hablar con Dios



“Arte y sabiduría al servicio de la fe”

Índice

Anónimo	3
Comendador Juan de Escrivá.....	3
Gracilaso de la Vega.....	4
Santa Teresa de Jesús	5
Fray Luis de León.....	9
San Juan de la Cruz	11
Félix Lope de Vega	13
Pedro Calderón de la Barca.....	16
Sor Juana Inés de la Cruz.....	17
Gustavo Adolfo Bécquer	18
Marcelino Menéndez Pelayo.....	18
Miguel de Unamuno	19
Antonio Machado	20
Juan Ramón Jiménez	21
Gabriela Mistral.....	22
Rafael Sánchez Mazas	23
José María Pemán.....	24
Dámaso Alonso	25

Presentación

Escritores de todos los tiempos han puesto su inspiración y la sabiduría de su corazón al servicio de la fe; ayudan así a los cristianos a conocer mejor a Dios. Por otra parte, la poesía cristiana ha sido siempre un instrumento privilegiado para dirigirse a Dios.

Esta breve selección de poemas cristianos no pretende ser una antología. Se han seleccionado simplemente algunos trabajos, muy conocidos por lectores de lengua castellana. Son un reflejo de la fe de tantos escritores, de todos los siglos, que han sabido expresar en su literatura la hondura de su alma o, a veces, las dudas de su corazón. En ambos casos son muy útiles para hablar con Dios.

Anónimo

No me mueve, mi Dios, para quererte,
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido,
Muéveme ver tu cuerpo tan herido,
Muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera
Que aunque no hubiera cielo yo te amara,
Y aunque no hubiese infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
Porque, aunque lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

Comendador Juan de Escrivá
(Comienzos del siglo XVI)

Ven muerte tan escondida

A la muerte

I.

Ven, muerte, tan escondida
Que no te sienta conmigo,
Porque el gozo de ir contigo
No me torne a dar la vida.
Ven, como rayo que hiera,
Que hasta que ha herido
No se siente su ruido,
Por mejor herir do quiere:
Así sea tu venida;
Si no, desde aquí me obligo
Que el gozo que habré contigo
Me dará de nuevo vida.

II.

Vos me matáis de tal suerte
Y con pena tan gloriosa,
Que no sé más dulce cosa
Que los trances de mi muerte.
Y de ella soy tan ufano,
Tan penado y tan contento,
Que no trocaré un tormento
Por mil bienes de otra mano.

Y pues que quiso mi suerte
Darme pena tan gloriosa,
No quiero más dulce cosa
Que los trances de mi muerte.

Garcilaso de la Vega
(1503-1536)

En el alma, Señor,
Una caricia tuya,
Un beso de tu amor
Y una sonrisa,
Para llenar mi vida de ambiciones,
Tu ambición y tu gloria,
Y tu alegría,
Tu alegría, Señor, que yo entreveo
Cuando te siento sembrador de amores
Porque sólo por mí creaste el cielo
Y sólo para mí nacen las flores.

Mi juventud es tuya,
Tú lo sabes,
Tuyas mis esperanzas y mis sueños;
Por ti, Señor, desgastaré mi vida
Hasta hacerte querer del mundo entero.

Gracias, Señor, porque tu amor es mío,
Por haberme admitido a tu servicio,
Por tener en el alma tu sonrisa,
Te seguiré, Señor, por donde quieras
Con la paz de tu amor en la mirada
Y tendré el corazón hecho de hoguera

Para abrasar al mundo con sus llamas.

Yo no nací sino para quereros,
Mi alma os ha cortado a su medida
Por hábito del alma misma os quiero.
Cuanto tengo confieso yo deberos
Por Vos nací, por Vos tengo la vida
Por Vos he de morir y por Vos muero.

Santa Teresa de Jesús
(1515-1582)

En las manos de Dios

Vuestra soy, para Vos nací,
¿Qué mandáis hacer de mí?

Soberana Majestad,
Eterna sabiduría,
Bondad buena al alma mía;
Dios, alteza, un ser, bondad,
La gran vileza mirad.
Que hoy os canta amor así.
¿Qué mandáis hacer de mí?
Vuestra soy, pues me criasteis,
Vuestra, pues me redimistes,
Vuestra, pues que me sufristes,
Vuestra, pues que me llamastes,
Vuestra, porque me esperastes,
Vuestra, pues no me perdí.
¿Qué mandáis hacer de mí?
¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
¿Qué haga tan vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado
A este esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce Amor,
Amor dulce, veisme aquí.

¿Qué mandáis hacer de mí?
Veis aquí mi corazón,
Yo le pongo en vuestra palma,
Mi cuerpo, mi vida y alma,

Mis entrañas y afición;
Dulce Esposo y redención
Pues por vuestra me ofrecí.

¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida:
Dad salud o enfermedad,
Honra o deshonra me dad,
Dadme guerra o paz crecida,
Flaqueza o fuerza cumplida,
Que a todo digo que sí.

¿Qué queréis hacer de mí?

Dadme riqueza o pobreza,
Dad consuelo o desconsuelo,
Dadme alegría o tristeza,
Dadme infierno, o dadme cielo,
Vida dulce, sol sin velo,
Pues del todo me rendí.

¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis, dadme oración,
Si no, dadme sequedad,
Si Abundancia y devoción,
Y si no esterilidad.
Soberana Majestad,
Sólo hallo paz aquí,

¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría,
O por amor, ignorancia,
dadme años de abundancia,
O de hambre y carestía;
Dad tiniebla o claro día,
Revolvedme aquí o allí

¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis que esté holgando,
Quiero por amor holgar.
Si me *mandáis* trabajar,
Morir quiero trabajando.
Decid, ¿Dónde, cómo y cuándo?
Decid, dulce Amor, decid.

¿Qué queréis hacer de mí?
Dadme Calvario o Tabor,
Desierto o tierra abundosa,
Sea Job en el dolor,
O Juan que al pecho reposa;
Sea viña fructuosa
O estéril, si cumple así.

¿Qué mandáis hacer de mí?
Sea Josef puesto en cadenas,
O de Egipto Adelantado
O David sufriendo penas,
O YA David encumbrado,
Sea Jonás anegado,
O libertado de allí,

¿Qué mandáis hacer de mí?
Esté callando o hablando,
Haga fruto o no le haga,
Muéstreme la Ley mi llaga,
Goce de Evangelio blando;
Esté penando o gozando,
Sólo Vos en mí viví,

¿Qué mandáis hacer de mí?
Vuestra soy, para vos nací,
¿Qué mandáis hacer de mí?

Nada te turbe

Nada te turbe,
Nada de espante,
Todo se pasa,
Dios no se muda,

La paciencia
Todo lo alcanza;
Quien a Dios tiene
Nada le falta:
Sólo Dios basta.

Eleva el pensamiento
Al cielo sube,

Por nada te acongojes,
Nada te turbe.

A Jesucristo sigue
Con pecho grande,
Y, venga lo que venga,
Nada te espante.

¿Ves la gloria del mundo?
Es gloria vana;
Nada tiene de estable,
Todo se pasa.

Aspira a lo celeste,
Que siempre dura;
Fiel y rico en promesas
Dios no se muda.

Ámala cual merece
Bondad inmensa;
Pero no hay amor fino
Sin la paciencia.

Confianza y fe viva
Mantenga el alma,
Que quien cree y espera
Todo lo alcanza.

Del infierno acosado
Aunque se viere,
Burlara sus furores
Quien a Dios tiene.

Véngale desamparos,
Cruces, desgracias;
Siendo Dios su tesoro,
Nada le falta.
Id, dichas vanas;
Aunque todo lo pierda,
Sólo Dios basta.

Fray Luis de León
(1527-1591)

A Nuestra Señora

Virgen que el sol más pura,
Gloria de los mortales, luz del cielo,
En quien la piedad es cual la alteza:
Los ojos vuelven al suelo,
Y mira un miserable en cárcel dura,
Cercado de tinieblas y tristeza.
Y si mayor bajeza
No conoce, ni igual el juicio humano,
Que el estado en que estoy por culpa ajena;
Con poderosa mano
Quiebra, Reina del cielo, esta cadena.

Virgen, en cuyo seno
Halló la Deidad digno reposo,
Do fue el rigor en dulce amor trocado:
Si blando al riguroso
Volviste, bien podrás volver sereno
Un corazón de nubes rodeado.
Descubre el deseado
Rostro, que admira el cielo, el suelo adora:
Las nubes huirán, lucirá el día;
Tu luz, lata Señora,
Venza esta ciega y triste noche mía.

Virgen y Madre junto,
De tu hacedor dichosa engendradora,
A cuyos pechos floreció la vida:
Mira cómo empeora
Y crece mi dolor más cada punto.
El odio cunde, la amistad se olvida;
Si no es de ti válida
La justicia y verdad, que tú engendraste,
¿A dónde hallarás seguro amparo?
Y pues Madre eres, baste
Para contigo el ver mi desamparo.

Virgen, del sol vestida,

De luces eternas Coronada,
Que huellas con divinos pies la luna:
Envidia emponzoñada
Engaño agudo, lengua fementida,
Odio cruel, poder sin ley ninguna
Me hacen guerra a una;
Pues, contra un tal ejército maldito,
¿Cuál pobre y desarmado será parte,
Si tu nombre bendito,
¿María, no se muestra por mi parte?

Virgen, por quien vencida
Llora su perdición la sierpe fiera
Su daño eterno, su burlado intento:
Miran de la ribera
seguras muchas gentes mi caída
El agua violenta el flaco aliento;
Los unos con contento
Los otros con espanto, el más piadoso
Con lástima la inútil voz fatiga.
Yo, puesto en ti el lloroso
Rostro, cortando voy la onda enemiga.

Virgen, del Padre Esposa,
Dulce Madre del hijo, templo santo
Del inmortal Amor, del hombre escudo:
no veo sino espanto.
Si miro la morada, es peligrosa;
Si la salida, incierta; el favor, mudo;
El enemigo, crudo;
Desnuda, la verdad; muy proveída
De valedores y armas, la mentira:
La miserable vida
Sólo cuando me vuelvo a ti respira.

Virgen, que al alto ruego
No más humilde “sí” diste que honesto,
En quien los cielos contemplar desean:
Como terreno puesto,
Los brazos presos, de los ojos ciegos,
a cien flechas estoy que me rodean,
Que en herirme se emplean.
Siento el dolor, mas no veo la mano;
Ni puedo huir, ni me es dado escudarme.

¡Quiera tu soberano!
Hijo, Madre de amor, por ti librame!

Virgen, lucero amado,
En mar tempestuosa clara guía,
A cuyo santo rayo calla el viento:
Mil olas a porfía
Hunden en el abismo un desarmado
Leño de vela y remo, que sin tiento
El húmedo elemento
Corre; la noche carga, el aire truena;
Ya por el suelo va, ya el cielo toca;
Gime la rota antena.
Socorre, antes que embiste en cruda roca!

Virgen, no inficionada
De la común mancilla y mal primero,
Que al humano linaje contamina:
Bien sabes que en ti espero
Desde mi tierna edad; y si malvada
Fuerza, que me venció, ha hecho indina
De tu guarda divina
Mi vida pecadora; tu clemencia
Tanto mostrará más su bien crecido,
Cuanto es más la dolencia,
Yo merezco menos ser valido.

Virgen, el dolor fiero
Añuda ya la lengua, y no consiente
Que publique la voz cuanto desea.
Más oye tú al doliente
Ánimo, que continuo a ti vocea.

San Juan de la Cruz
(1542-1591)

Coplas del alma que pena por ver a Dios

Vivo sin vivir en mí,
Y de tal manera espero,
Que muero, porque no muero.
En mí yo no vivo ya,

Y sin Dios vivir no puedo,
Pues sin él, y sin mí quedo,
¿Este vivir qué será?
Mil muertes se me harán,
Pues mi misma vida espero,
Muriendo, porque no muero.

Esta vida, que yo vivo
Es privación de vivir,
Y así es Continuo morir,
Hasta que viva contigo:
Oye mi Dios, lo que digo,
Que esta vida no la quiero,
Que muero, porque no muero.

Estando ausente de ti,
¿Qué vida puedo tener,
Sino muerte padecer,
La mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
Pues de fuerte persevero,
Que muero, porque no muero.

El pez que del agua sale,
Aún de alivio no carece,
Que la muerte que padece, al fin la muerte le vale;

¿Qué muerte habrá que se iguale
a mi vivir lastimero?,
¿Pues si más vivo, más muero?

Cuando me empiezo aliviar
De verte en el Sacramento,
Háceme más sentimiento,
El no te poder gozar:
Todo es para más penar,
Y mi mal es tan entero,
Que muero, porque no muero.

Y si me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
En ver que puedo perderte,
Se me dobla mi dolor,
Viviendo en tanto pavor,

Y esperando, como espero,
Me muero, porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte,
Mira que muero por verte,
Y de tal manera espero,
Que muero, porque no muero.

Lloraré mí muerte ya
Y lamentaré mi vida,
En tanto, que detenida
Por mis pecados está:
¡Oh mi Dios, cuándo será,
Cuando yo diga de vero
¡Vivo ya, porque no muero!

Félix Lope de Vega
(1562-1635)

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
Que a mi puerta, cubierto de rocío,
Pasas, las noches del invierno oscuras?

¡Oh! cuánto fueron mis entrañas duras,
Pues no te abrí! Qué extraño desvarío,
Si de mi ingratitud el hielo frío
Secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
“Alma, asómate agora a la ventana;
Verás con cuánto amor llamar porfía”!
Y ¡Cuántas, Hermosura soberana!,
“Mañana le abriremos”, respondía,
¡Para lo mismo responder mañana!
Pastor, que con tus silbos amorosos...

Pastor, que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño;
Tú, que hiciste cayado de ese leño
En que tiendes los brazos poderosos;

Vuelve los ojos a mi fe piadosos
Pues te confieso por mi amor y dueño,
Y la palabra de seguirte empeño
Tus dulces silbos y tus pies hermosos.

Oye, Pastor, pues por amores mueres,
No te espante el rigor de mis pecados,
Pues tan amigo de rendidos eres;

Espera, pues, y escucha mis cuidados;
Pero ¿Cómo te digo que me esperes,
Si estás, para esperar, los pies clavados?

Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro...

Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro
Y la candida víctima levanto,
De mi atrevida indignidad me espanto,
Y la piedad de vuestro pecho admiro.

Tal vez el alma con temor retiro,
Tal vez la doy al amoroso llanto;
Que, arrepentido de ofenderos tanto,
Con ansias terno y con pecho admiro.

Volved los ojos a mirarme humanos;
Que por las sendas de mi error siniestras
Me desempeñaron pensamientos vanos.

No sean tantas las miserias nuestras
Que a quien os tuvo en sus indignas manos
Vos le dejáis de las divinas vuestras.

Con ánimo de hablarle en confianza...

Con ánimo de hablarle en confianza
De su piedad entré en el templo un día,

Donde Cristo en la cruz resplandecía
Con el perdón que quien le mira alcanza.

Y aunque la fe, el amor y la esperanza
A la lengua pusieron osadía,
Acordéme que fue por culpa mía,
Y quisiera de mí tomar venganza.

Ya me volví sin decirle nada,
Y como vi la llaga del costado,
Paróse el alma en lágrimas bañada:

Hablé, lloré y entré por aquel lado,
Porque no tiene Dios puerta cerrada
Al corazón contrito y humillado.

¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado!

¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado,
Y cuántas con vergüenza he respondido,
Desnudo como Adán, aunque vestido
De las hojas del árbol del pecado!

Seguí mil veces vuestro pie sagrado,
Fácil de asir, en una cruz asido,
Y atrás volví otras tantas atrevido,
Al mismo precio que me habéis comprado.

Besos de paz os di para ofenderos,
Pero sí fugitivos de su dueño
Hierran cuando los hallan los esclavos,

Hoy que vuelvo con lágrimas a veros,
Clavad vos a vos en vuestro leño
Y tendréis seguro con tres clavos.

No sabe qué es amor quien no te ama...

No sabe qué es amor quien no te ama,
Celestial hermosura, esposo bello;
Tu cabeza es de oro, y tu cabello,
Como el cogollo que la palma enrama.

Tu boca, como lirio que derrama.
Licor al alba; de marfil, tu cuello;
Tu mano el torno, y en su palma el sello
Que el alma por disfraz jacintos llama.

¡Ay Dios!, ¿en qué pensé cuando, dejando
Tanta belleza, y las mortales viendo
Perdí lo que pudiera estar gozando?

Mas si del tiempo que perdí me ofendo,
Tal prisa que daré, que aun hora amando
Venza los años que pasé fingiendo.

Pedro Calderón de la Barca
(1600-1681)

Al Santísimo Sacramento

El Santo Espíritu
Y el Hijo ampárenos,
Al Padre pídase
Pan por viático.
Manjar angélico.

Hoy, Señor, danoslo,
Pan de quien símbolo
Fueron los ácidos,
Emblema físico
Y enigma cándido.

¡Oh pan de ángeles,
Tu gracia sálvenos!
A los que débiles
Por estos ásperos
Valles de lágrimas peregrinaremos,
¡Oh pan de ángeles,
Tu gracia sálvenos!

Sor Juana Inés de la Cruz
(1651-1695)

Romance

Que hoy bajó Dios a la tierra
Es cierto; pero más cierto
Es, que bajando a María,
Bajó Dios a mejor cielo.
Por obediencia del Padre
Se vistió de carne el Verbo,
Más tal, que le pudo hacer
Comodidad el precepto.

Conveniencia fue de todos
Este divino misterio,
Pues el hombre, de fortuna,
Y Dios mejoró de asiento.
Su sangre le dio María
A logro, porque a su tiempo
La que recibe encarnando
Restituya redimiendo;
Si ya no es que, para hacer
La redención, se avinieron,
Dando moneda la Madre,
Y poniendo el Hijo el sello.

Un arcángel a pedir
Bajó su consentimiento,
Guardándole, en ser rogada
De reina los privilegios.
¡Oh grandeza de María,
Que cuando usa el Padre Eterno
De dominio con su Hijo,
Use con ella de ruego!
A estrecha cárcel reduce
Hacer su grandeza lo inmenso,
Y en breve morada cabe
Quien sólo cabe en sí mismo.

Gustavo Adolfo Bécquer
(1836-1870)

Vida, Muerte..., Alma

I.

Al brillar de un relámpago nacemos
Y aún dura su fulgor cuando morimos;
¡Tan corto es el vivir!
La gloria y el amor tras que corremos
Sombras de un sueño son que perseguimos;
¡Despertar es morir!

II.

Primero es un albor trémulo y vago
Raya de inquieta luz que corta el mar
Luego chispea y crece y se dilata
En ardiente explosión de claridad.
La brilladora lumbre es la alegría,
La temerosa sombra es el pesar:
¡Ay!, en la oscura noche de mi alma
¿Cuándo amanecerá?

Marcelino Menéndez Pelayo
(1856-1912)

¿Qué Quiero, mi Jesús?

¿Qué quiero, mi Jesús?
Quiero quererte,
Quiero, cuanto hay en mí, del todo darte,
Sin tener más placer que el de agradarte,
Sin tener más temor que el de ofenderte.
Quiero olvidarlo todo y conocerte,
Quiero dejarlo todo por buscarte,
Quiero perderlo todo por hallarte,
Quiero ignorarlo todo por saberte.
Quiero, amable Jesús, quiero abismarme
En ese dulce abismo de tu herida

Y en tus divinas llamas abrasarme.
Quiero, en aquel que quiero, transformarme,
Morir a mí, para vivir su vida,
Perderme en Ti, Jesús, y no encontrarme.

Miguel de Unamuno
(1865-1937)

La Unión con Dios

Quería, Dios, querer lo que no quiero;
Fundirme en Ti, perdiendo mi persona,
Este terrible yo por el que muero
Y que mi mundo en derredor encona.
Si tu mano derecha me abandona
¿Qué será de mi suerte? prisionero
Quedaré de mí mismo; no perdona
La nada al hombre, su hijo, y nada espero.
Se haga tu voluntad, Padre! repito
Al levantar y al acostarse el día,
Buscando conformarme a tu mandato,
Pero dentro de mí resuena el grito
Del eterno Luzbel, del que quería,
Ser, ser de veras, fiero desacato!

Incredulidad y Fe

Sed de Dios tiene mi alma, de Dios vivo;
Conviérteme a Cristo en limpio aljibe
Que la graciosa lluvia en sí recibe
De la fe. Me contento si pasivo
Una gotita de sus aguas libo
Aunque en el mar de hundirme se me prive,
Pues quien mi rostro ve —dice— no vive
Y en esa gota mi salud estribo.
Hiéreme frente y pecho al sol desnudo
Del terrible saber que sed no muda;
No bebo agua de vida, pero sudo
Y me amarga el sudor, el de la duda,
Sácame, Cristo, este espíritu mudo,
Creo, Tú a mi incredulidad ayuda.

La oración del ateo

Oye mi ruego Tú, Dios que no existes,
Y en tu nada recoge estas mis quejas,
Tú que a los pobres hombres nunca dejas
Sin consuelo de engaño. No resistes

A nuestro ruego y nuestro anhelo vistes.
Cuando Tú de mi mente más te alejas,
Más recuerdo las plácidas consejas
Con que mi alma endúlzame noches tristes.

Qué grande eres, mi Dios! Eres tan grande
Que no eres sino Idea; es muy angosta
La realidad por mucho que se expande
Para abarcarte. Sufro yo a tu costa,
Dios no existente, pues Tú existieras
Existiría yo también de veras.

Antonio Machado
(1875-1939)

Anoche cuando dormía
Soñé, ¡bendita ilusión!,
Que una fontana fluía
Dentro de mi corazón.
Di, ¿por qué acequia escondida?,
Agua, vienes hasta mí,
Manantial de nueva vida
En donde nunca bebí?
Anoche cuando dormía
Soñé, ¡bendita ilusión!,
Que una colmena tenía
Dentro de mi corazón; y las doradas abejas
Iban fabricando en él,
Con las amarguras viejas,
blanca cera y dulce miel.
Anoche cuando dormía
Soñé, ¡bendita ilusión!,
Que un ardiente sol lucía
Dentro de mi corazón.
Era ardiente porque daba

Calores de rojo hogar,
Y era sol porque alumbraba
Y porque hacía llorar.
Anoche cuando dormía
Soñé, ¡bendita ilusión!,
Que era Dios lo que tenía
Dentro de mi corazón.
Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.
Ayer soñé que veía
A Dios y que a Dios hablaba;
Y soñé que Dios me oía...
Después soñé que soñaba.
Todo hombre tiene dos
Batallas que pelear:
En sueños lucha con Dios;
Y despierto, con el mar.
Anoche soñé que oía
A Dios, gritándome: ¡Alerta!
Luego era Dios quien dormía,
Y yo gritaba: ¡Despierta!

Juan Ramón Jiménez
(1881-1958)

Lo que Vos queráis, Señor;
Sea lo que Vos queráis.
Si queréis que entre las rosas
Ría hacia los matinales
Resplandores de la vida,
Sea lo que Vos queráis.
Si queréis que, entre los cardos,
Sangre hacia las insondables
Sombras de la noche eterna,
Sea lo que Vos queráis.
Gracias si queréis que mire,
Gracias si queréis cegarme;
Gracias por todo y por nada;
Sea lo que Vos queráis.
Lo que Vos queráis, Señor;

Sea lo que Vos queráis.

Gabriela Mistral
(1889-1957)

Hablando al Padre

Padre, has de oír
Este decir
Que se me abre en los labios como flor.
Te llamaré
Padre, porque
La palabra me sabe a más amor.
Tuya me sé,
Pues me mire
En mi carne prendido tu fulgor.
Me has de ayudar
A caminar, sin deshojar mi rosa de esplendor.
Me has de ayudar
A alimentar
Como una llama azul mi juventud,
Sin material
Basto y carnal:
¡Con olorosos leños de virtud!
Por cuanto soy
Gracias te doy:
Porque me abren los cielos su joyel,
Me canta el mar
Y echa el pomar
Para mis labios en sus pomas miel.
Porque me das,
Padre, en la faz
La gracia de la nieve recibir
Y por el ver
La tarde arder:
¡Por el encantamiento de existir!
Por el tener
Más que otro ser
Capacidad de amor y de emoción
Y el anhelar
Y el alcanzar,
Ir poniendo en la vida perfección.

Padre, para ir
Por el vivir,
Dame tu mano suave y tu amistad,
Pues, te diré,
Sola no sé
Ir rectamente hacia tu claridad.
Dame el saber
De cada ser
A la puerta llamar con suavidad,
Llevarle un don,
Mi corazón,
¡Y nevarle de lirios su heredad!

Dame el pensar
En Ti al rodar
Herida en medio del camino.
Así no llamaré,
Recordaré
El vendedor sutil que alienta en Ti.
Tras el vivir,
Dame el dormir
Con los que aquí anudaste a mi querer.
De tu arrullar
Hondo el soñar.
¡Hogar dentro de Ti nos has de hacer!

Rafael Sánchez Mazas
(1894-1966)

A Jesús Crucificado

Delante de la Cruz, los ojos míos, quédenseme Señor, así mirando, y sin ellos quererlo, estén llorando, porque pecaron mucho y están fríos.
Y estos labios que dicen mis desvíos quédenseme, Señor, así cantando, y, sin ellos quererlo, estén rezando, porque pecaron mucho y son impíos

Y así, con la mirada en Vos prendida
Así, con la palabra prisionera
Como la carne a Vuestra Cruz asida,
Quédese, Señor, el alma entera
Y así, clavada en Vuestra Cruz mi vida
Señor, así, cuando queráis, me muero.

José María Pemán
(1897-1981)

Inspiración y Gracias

Nada hay perfecto en mí, sino las cosas
Que son apenas mías:
El relámpago puro,
La centella infinita.
Todo me es dado en gracia:
Gracia humana o divina.
La riqueza mejor de mis riquezas
Es mi riqueza gratuita.
Riqueza no ganada: plenitud sin esfuerzo.
Maestría
Que no me entró desnuda
Como el viento o el sol, por las rendijas
Mal cerrado del alma; luz robada;
Música no aprendida;
Rosa de otros jardines
Que la mano de Dios, porque Él lo quiso,
Puso en mi pecho mientras yo dormía.
Inspiración y Gracia:
Todo lo que hay en mí claro y perfecto
Vino a mí, sin esfuerzo, en la alegría
Del sol de la mañana
Cuando yo estaba de rodillas.
Todo, de vuelta, lo encontré en mi mesa:
Servido el pan y el agua,
La lámpara encendida...
Nunca salí al encuentro de las cosas:
Y las cosas mejores
Me fueron concedidas.
¡Señor: yo te bendigo!
Por todas mis riquezas gratuitas.

Dámaso Alonso
(1898-1979)

Oda al Santísimo Sacramento del Altar

Cantaban las mujeres por el muro clavado
Cuando te vi, Dios fuerte, vivo en el Sacramento
Palpitante y desnudo, como un niño que corre
Perseguido por siete novillos capitales.
Vivo estabas, Dios mío, dentro del ostensorio.
Punzando por tu padre con agujas de lumbre
Latiendo como el pobre corazón de la rana
Que los médicos ponen en el frasco de vidrio
Piedra de soledad donde la hierba gime
Y donde el agua oscura pierde sus tres acentos,
Elevan tu columna de nardo bajo nieve
Sobre el mundo de ruedas y palos que circula.
Yo miraba tu forma deliciosa flotando
En la llaga de aceites y paño de agonía,
Y entornaba mis ojos para dar en el dulce
Tiro al blanco de insomnio sin un pájaro negro.
Es así, Dios andado, como quiero tenerte
Panderito de harina para el recién nacido
Brisa y materia juntas en expresión exacta
Por amor de la carne que no sabe tu nombre.
Es así, forma breve de rumor inefable,
Dios en mantillas, Cristo diminuto y eterno
repetido mil veces, muerto, crucificado
Por la impura palabra del hombre sudoroso.
Cantaban las mujeres en la arena sin norte,
Cuando te vi presente sobre tu Sacramento.
Quinientos serafines de resplandor y tinta
En la culpa neutra gustaba tu racimo.
¡Oh, forma sacratísima, vértice de las flores,
Donde todos los ángulos toman sus luces fijas,
Donde número y boca construyen un presente
Cuerpo de luz humana con músculos de harina!
¡Oh, forma limitada para expresar concreta
Muchedumbre de luces y clamor escuchado!
¡Oh, nieve circundada por tímpanos de música!
Oh, llama crepitante sobre todas las venas!

BIBLIOGRAFÍA

DE SANTIAGO, Miguel. Antología de Poesía Mística Española. Verón: Barcelona, 1998.

DE TENA, Torcuato Luca. La Mejor Poesía Cristiana. Ediciones Martínez Roca.